



El Pensamiento de Juan Pablo II

Figura ambigua

Jeffrey Klaiber sj (Historiador)

Juan Pablo II quedará en la historia como una figura ambigua. Por un lado, su personalidad magnética y sus muchos viajes reforzaron la unidad del catolicismo en todo el mundo. Sin duda, llegó al corazón de millones de personas de toda condición social. Devolvió la esperanza a muchos pobres y fortaleció la fe de muchos jóvenes. Su mensaje social fue impactante. Tomó posturas valientes que no fueron muy gratas entre ciertos círculos del mundo occidental. Siempre defendió el derecho de los palestinos a tener su propia nación. Criticó duramente la guerra en Irak. Desde luego, desempeñó un papel importante en el derrumbe del comunismo en Europa.

Ahora, las ambigüedades. Juan Pablo II impuso un nuevo centralismo romano sobre la Iglesia que no está de acuerdo con el espíritu del Concilio Vaticano II, sobre todo en lo que concierne al concepto de la colegialidad. Nombró muchos obispos que no representan sus ideas sociales. Durante su pontificado, el ambiente de diálogo, tan característico del Concilio, fue suprimido, y en su lugar se impuso un nuevo autoritarismo que no favoreció ni el diálogo ni la creatividad. Sobre todo, Juan Pablo se paralizó con grupos conservadores y marginó a los católicos que se identifican con el Concilio. Juan XXIII abrió la Iglesia al mundo moderno; de muchas maneras, Juan Pablo II la cerró. La tarea del nuevo Papa consistirá pues en abrir la Iglesia otra vez al mundo.



Pasa el tiempo y el mundo continúa conmovido con la muerte de Juan Pablo II, el Papa del reciente cambio de milenio. Y no está mal que un líder de Iglesia haya tenido esa capacidad de movilización humana. Señal inequívoca de que su incansable peregrinaje lo acercó a la gente, a contracorriente de lo que ocurre con su Iglesia en muchos temas. Mérito innegable, junto a otros que logró durante los veintiséis años que le tocó ser líder máximo de la Iglesia Católica, y que en estos días han sido recordados profusamente por los medios de comunicación.

*Pero siendo **ideele** una revista de análisis —y en el análisis no hay zonas sacras ni inexplorables—, después de sentir y lamentar la muerte de Juan Pablo II, corresponde también preguntarnos qué significó en la historia de la Iglesia Católica y la humanidad. Recordemos que si algo caracterizó a Juan Pablo II fue que nunca quiso pasar desapercibido y que expuso e impuso claramente sus ideas, consideradas por él la doctrina católica.*

Ya a este nivel hay sin duda avances y aciertos, pero también tensiones, errores y retrocesos. Más aun cuando las decisiones adoptadas por el Vaticano en los últimos años respecto del Perú se tradujeron en “escogidos” y “alejados” con nombre propio, decisiones criticadas en esta misma revista.

***ideele** invitó a hombres y mujeres, creyentes de distintas religiones, agnósticos y ateos, aunque especialmente sacerdotes y laicos católicos, a hacer su propia semblanza de Juan Pablo II.*

Capacidad para comprender el alma

Carlos Fernández Sessarego (Jurista)*

Juan Pablo II, Vicario de Cristo, es un ser excepcionalmente dotado para comprender el alma humana. Su singular sensibilidad le permite penetrar con facilidad en las conciencias y descubrir, sin mayor esfuerzo, las reacciones e impulsos nobles y sinceros que despertó su permanencia entre nosotros. Estamos absolutamente seguros de que Juan Pablo II se ha llevado una imborrable e impresionante imagen de lo que somos y sentimos, ha patentizado las calamidades y necesidades, las virtudes y proezas, de nuestras gentes.

Se ha destacado con justeza, en los más variados modos y acentos, su encendido y lacerante llamado a los conductores de este país para que cumplan con dar de comer a las gentes hambrientas de pan, para que estén en condiciones de saciar, con un mínimo de dignidad y decoro, sus raigales apetencias espirituales, su diagonal aspiración de trascendencia, su búsqueda de Dios. Ha invocado, con la autoridad de que está investido, el cese de la violencia, y ha formulado un patético llamado a la paz y la solidaridad.

De las palabras de Juan Pablo II se desprende una verdad frecuentemente trascordada, en todos los tiempos y lugares. La verdad inmovible de que no hay transformación o cambio social en libertad sin la conversión del hombre—de cada hombre— a los valores morales contenidos en el Evangelio. La pobreza de espíritu, como apertura humilde y silente a Dios, conduce a la persona a escuchar la Palabra y, por ende, "todo cristiano auténtico"—como lo enfatizó el Papa— "ha de asumir responsablemente las exigencias sociales que nacen de su fe".

* Escrito con motivo de una de las visitas de Juan Pablo II al Perú.

Relaciones ecuménicas contradictorias

Alfonso Wieland (Director de Paz y Esperanza, evangélico)

Las múltiples muestras de dolor por el fallecimiento del Papa que visitó dos veces el Perú no hacen más que confirmar la enorme necesidad que tiene el creyente de a pie de contar con pastores y líderes religiosos cercanos a ellos.

Sin embargo, es necesario que, junto a los legítimos sentimientos de pesar por el fallecimiento de Juan Pablo II, los cristianos puedan conocer a profundidad qué significó para el catolicismo —y la cristiandad en general— su pontificado. Esta es una tarea pendiente pero necesaria, y queda por hacer.

Para algunos, por ejemplo, Juan Pablo II no hizo sino continuar con el proceso de desmontaje de las reformas del Concilio Vaticano II (1962 a 1965). La apertura general, ese abrir las ventanas y dejar que ingrese en los recintos tradicionales el aire fresco del mundo actual, es hoy, dicen ellos, solo un buen recuerdo.

Lo cierto es que, hasta donde he podido ver, el Papa puede ser citado tanto por sectores muy conservadores cuanto por los más progresistas de la Iglesia Católica. Para muchos de estos últimos, por ejemplo, la postura del Papa contra la guerra de Irak fue lúcida y muy oportuna.

Por el lado de las relaciones ecuménicas, y particularmente con las protestantes, también se puede apreciar este sentimiento contradictorio, de avances y retrocesos.

En fin, no nos queda sino orar para que el nuevo líder de la Iglesia Católica actúe decididamente para que el evangelio sea realmente significativo para el mundo de hoy, un evangelio fiel al espíritu de amor, libertad y justicia que enseñó Jesús de Nazareth. Un evangelio que se acerque a la gente con gestos, pero, sobre todo, con el poder de transformación de personas y sociedades.



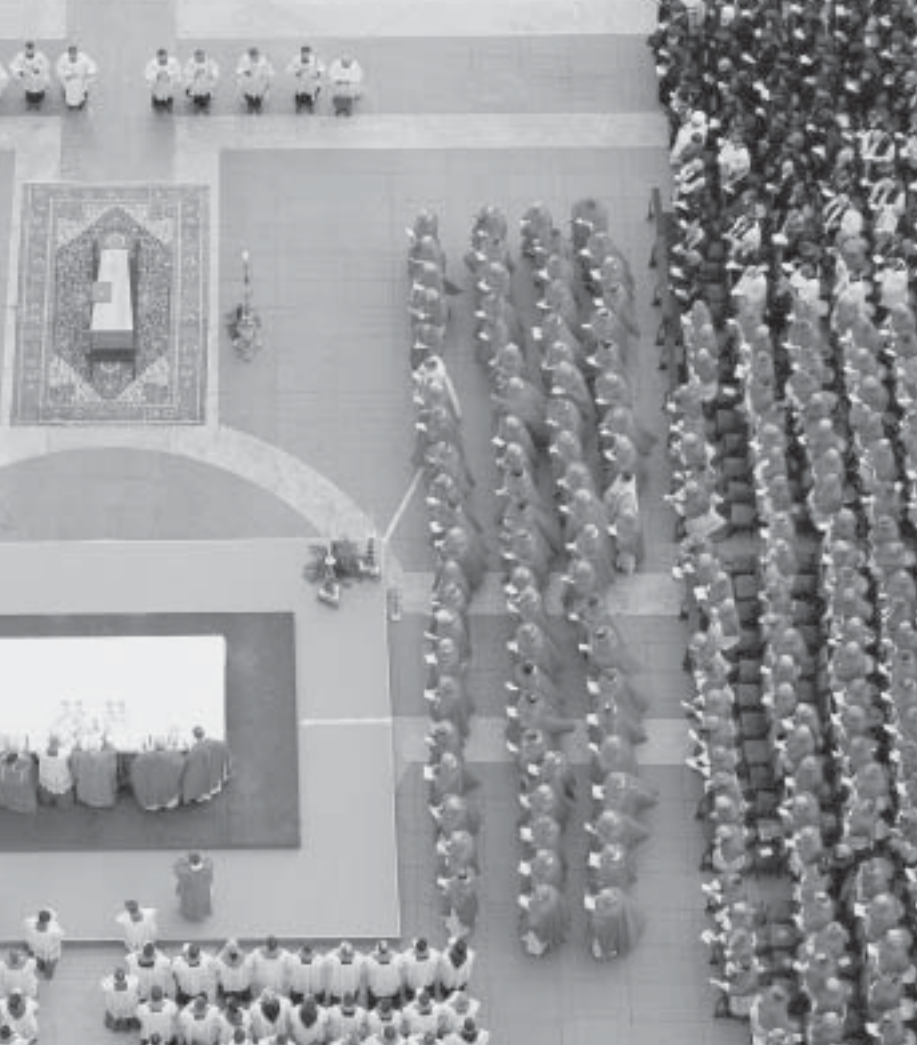
Defensor de los pobres

Carmen Lora (Directora de la revista *Páginas*)

El papado de Juan Pablo II ha sido complejo. Ha tenido una gran apertura a temas centrales de la justicia social y, a la vez, ha sido conservador en aspectos internos de la Iglesia y de la orientación pastoral en determinadas esferas de la vida de las personas.

Un rasgo más conocido han sido sus viajes, que le han permitido relacionarse con diversas culturas, generaciones, formas de organización política y otras experiencias religiosas. Esta actitud de peregrino ha estado además acompañada por una estrategia mediática que subrayó su presencia en el escenario mundial.

Otra característica, no tan presente hoy en los recuentos de su trayectoria, es su contribución a ubicar la justicia en el centro de la práctica cristiana. Encíclicas como *Laborem Exercens* al inicio de su



Reuters

papado, y toda la campaña que lideró por el Jubileo a favor de la condonación de la deuda, han orientado la presencia de la Iglesia como defensora de los pobres. En este aspecto, su aporte al magisterio de la Iglesia es central.

También subrayaría su firmeza en la defensa de la paz, su crítica a la guerra de Irak y su postura frente al conflicto del Cercano Oriente como expresiones de una Iglesia que mira al mundo desde el mandato evangélico de buscar la paz más que de imponer verdades.

Para terminar, quiero decir que el haber reconocido errores de la Iglesia y pedido públicamente perdón constituirá, en los balances futuros, un punto a favor de una Iglesia que sin duda enfrenta desafíos enormes en el mundo de hoy.

Esplendor y espectáculo

Moisés Lemlij (Psicoanalista)

A los dioses siempre les ha gustado el gran *show*, y el de los católicos no es una excepción. Desde las religiones más primitivas hasta las laicas, como el comunismo, todas comparten la fascinación por la pompa, el esplendor y el espectáculo. Se ha visto con Ramsés, el Señor de Sipán, Lenin o, ahora, con Juan Pablo II, en el momento del gran tránsito de hombre a "semidiós" vía la santidad antes de ubicarse a la diestra del dios respectivo.

No hay duda de que *Vulgus vult decipi, ergo decipiatur*. El pueblo quiere ser engañado: engañémoslo. Le gusta llorar un poco, rezar otro poco, sentir solidaridad, encontrar un líder que le venda un producto. Desde Constantino, el márketing cristiano-romano ha sido extraordinario. Derrotó a sus contrincantes y ha promocionado a líderes de todo tipo, desde Alejandro VI (el Papa Borgia) hasta Juan XXIII.

Como liberal agnóstico, reconozco la efectividad de su sistema de ventas, pero confieso que su producto nunca me ha gustado. Sean las cruzadas y sus masacres de inocentes, la Inquisición y su persecución a judíos, histéricas y científicos, o el atavismo sexual de Juan Pablo II que ha producido tanto daño — por ejemplo, la proliferación del sida en el África—.

Seguramente la gran apología la harán los demás que escriban estas notas, pues hay motivos para admirar a Karol Wojtyła: su lucha por la libertad, su manejo de los idiomas y su talento para usar magníficamente su experiencia como joven actor. Lo que me inquieta es el poder de la Iglesia sobre el mundo y que él haya escogido a todos los cardenales que elegirán al nuevo Papa. ¡¡Que los dioses y diosas los iluminen para que opten por un Papa de nuestro tiempo!!

Soñador por una humanidad nueva

Armando Nieto Vélez sj (Historiador)

Juan Pablo II fue un pastor acogedor y comprensivo, que guió con mano segura y firme a la Iglesia en horas sumamente difíciles. Fue sin duda, también, un verdadero pontífice, un "hacedor de puentes". Con espíritu de servicio, trazó rutas (que antes parecían impensables) hacia los cristianos de otras confesiones, hacia el mundo del Judaísmo y el Islamismo y de las religiones orientales, y hacia todos los hombres de buena voluntad. Qué pena que no pudiera realizar esos viajes que deseaba: hacia la China y hacia Rusia. Juan Pablo II soñó con una humanidad nueva, que dejase de lado la violencia, la injusticia, el odio, la pobreza y la opresión.

Los peruanos lo recordaremos siempre. Quedan en nuestra retina sus gestos y palabras de sincera simpatía y amor hacia todos los que integramos este país, tan difícil y tan complejo. Creo que el mejor homenaje a su memoria —y el mejor aporte a nosotros mismos como comunidad— sería tratar de cumplir mejor los consejos y llamados paternales que nos hizo en sus dos memorables visitas de febrero de 1985 y mayo de 1988. "Redoblad los esfuerzos a favor de un orden más justo que corrija los desequilibrios y desproporciones en la distribución de los bienes." Y a todos nos pidió que contribuyamos generosamente con "honradez absoluta, con conciencia limpia, con claridad de ideas, con obras eficaces, a construir ese Perú nuevo que todos deseáis".

Papa Videns

Guillermo Nugent (Sociólogo)

1. El siglo XX del catolicismo romano fue definido, en lo político y en lo teológico, por dos papas: Pío XII y Juan Pablo II, los mayores reformadores institucionales y de aliento político similar. Centralización férrea en torno del Estado Vaticano, impecable misoginia, anticomunismo más allá de cualquier duda, una relación distante con la ciencia moderna, por decir lo menos, y un gran sentido de la rotundidad teológica: nada de medias tintas.

Roma locuta, causa finita, dejó de ser una expresión nostálgica para adquirir una vigencia literal. Siempre me llamaron la atención esos juegos de prestidigitación histórica, frecuentes en mis años de estudiante, que consistían en saltar de una encíclica de León XIII al Concilio Vaticano II. Como diría Kundera, de los otros papas solo quedaba el sombrero, la mitra, la foto. Juan Pablo II ha contribuido a que todos nos formemos una imagen más realista de la Iglesia Católica.

2. Juan Pablo II se valió de uno de los grandes símbolos de la modernidad, la televisión, para combatir la cultura moderna en prácticamente todos sus frentes. Esta es, en mi opinión, la gran peculiaridad e interés de su papado. Un tema raramente debatido, pero central, es si la aldea global requiere una parroquia global. Wojtyła respondió afirmativamente; de ahí el sentido de sus viajes, como si fuera el único portador de la palabra sagrada. Sin embargo, la aldea global, como el pensador católico Marshall McLuhan señaló, es descentralizada. En realidad, el obispo de Roma no tendría por qué ser diferente de los otros obispos. Ese es el debate actual, por lo que resulta inútil seguir con la bagatela de estar a favor de tal o cual forma de hacer política con la religión.

3. Dadas las opciones reales, sería atroz que el próximo Papa fuera latinoamericano. El fanatismo religioso imperante en lugares como México podría llevar a formas de violencia social como las ocurridas en ese país en la década de 1930 y que fácilmente se haría presente en otros lugares del continente. La afirmación de una democracia laica es más pertinente que nunca.



¿Y los derechos reproductivos?

Roxana Vásquez (Feminista)

El papado de Juan Pablo II significó el reforzamiento de la tutela moral de la Iglesia Católica en diferentes aspectos de la vida social y política, de modo particular en aquellos que se refieren a los campos de la sexualidad y la reproducción humanas, condenando a miles y miles de personas al sufrimiento y al dolor de sentirse excluidos y excluidas del plan de Dios. La férrea oposición en cuanto al uso de anticonceptivos, al matrimonio homosexual y al aborto, son una muestra clara de una exclusión que no solo condena, sino que pretende limitar hasta casi ahogar la libertad de conciencia de muchos y muchas creyentes, piedra angular del estatuto de persona que el pensamiento católico reclama, cuando menos en teoría.

Durante el papado de Juan Pablo II hemos visto al Estado Vaticano trabajar activamente en las esferas internacionales como las Naciones Unidas, en el diseño y práctica de un discurso político que podríamos calificar de doble entrada: de un lado, defendiendo a los más pobres y denunciando la lógica brutal del capitalismo; y de otro, en clara alianza con el Gobierno de Bush y su política internacional de abstinencia hasta el matrimonio y fidelidad, como solución para evitar la expansión del sida, la homosexualidad, la sexualidad adolescente y los embarazos no deseados. Este activo trabajo ha significado en muchos casos una decidida influencia en las políticas de los estados latinoamericanos, cuya laicidad, reconocida constitucionalmente en la mayoría de ellos, requiere ser fortalecida para convertirse en una garantía de democracia para toda la ciudadanía, sea católica, budista, musulmana o atea.

Un asunto que finalmente me llama a reflexión es observar cómo en los medios masivos de comunicación se le considera un defensor de los derechos humanos, en especial de los jóvenes y las jóvenes. Ello significa que los derechos humanos siguen encorsetados y disociados de aspectos sustanciales de la vida de las personas como son la sexualidad y la reproducción.

"Juan Pablo peregrini...no"

Tomás Burns mm (Misionero católico)

En la víspera de su muerte, nos reunimos en el monumento al Papa para orar como pueblo e Iglesia para hacer memoria y rezar en agradecimiento. Me impresionó con qué entusiasmo todos entonamos (banderitas papales incluidas) el canto "Juan Pablo Peregrini...i...no". Este es el enfoque de mi reflexión.

Peregrino por misionero: Con una capacidad convocatoria única en nuestra historia contemporánea. Su respuesta espontánea a la bienvenida de Víctor e Irene Chero en Villa El Salvador resumió el sentido de su misión: "Hambre de Dios, ¡sí!; hambre de pan, ¡no!". Se dejó interpelar en el momento, recogió ambos clamores de su pueblo y respondió acertadamente. A su vez, esta libertad reveló su don fundamental como Papa y peregrino: su humanidad y humildad en medio de todos los símbolos papales (muchas veces pomposos).

Peregrino por humano: Juan Pablo era humano y, por tanto, un hombre con dotes y límites. Tenía una visión del mundo muy marcada por la represión totalitaria que él había sufrido existencialmente. Estaba convencido de que la maldad militante en muchos ámbitos de este mundo era una realidad. Por tanto, hacía falta una Iglesia disciplinada, comprometida y, sobre todo, no ingenua sino realista. Para forjar la justicia y la paz y defender la vida de todos y toda la vida, era necesario tener orden y unidad en la Iglesia.

Esta visión y, paradójicamente, sus constantes viajes misioneros, hacían que dejara la administración de la Iglesia muchas veces en manos de patriarcas, más burócratas que pastores, más propensos al rechazo que a la acogida, más insensibles que compasivos. El resultado es que muchos teólogos se han sentido maltratados y atados en su deseo de explorar creativamente los retos de este mundo posmoderno.

A su vez, en varios casos han cerrado el diálogo en forma unilateral: la ordenación y el rol de la mujer en la Iglesia, el celibato como requisito para el sacerdocio, el uso del condón como mal menor en la cuestión del VIH/sida, etcétera. Todos estos asuntos y otros requieren un diálogo constante y equilibrado, y consciente de que la realidad no es blanco y negro, sino gris, o sea, no todo es peligro en este mundo de cambios veloces y posmodernidad.

Estoy seguro de que aun en algunos de estos y otros temas, la Iglesia, en el futuro, seguirá otro ejemplo de Juan Pablo hermano, humano y peregrino: el de pedir perdón.



Las contradicciones del Papa

Hans Küng (Teólogo suizo)*

En mi opinión, Karol Wojtyla no es el mejor Papa del siglo XX, pero sí el más contradictorio, desde luego. Un Papa con muchas cualidades y que ha tomado muchas decisiones erróneas. Para resumir su mandato y reducirlo a un denominador común: su "política exterior" exige a los demás la conversión, la reforma y el diálogo, pero eso contrasta enormemente con su "política interior", dedicada a restaurar la situación anterior al Concilio, obstruir las reformas, negar el diálogo dentro de la Iglesia y establecer el dominio absoluto de Roma. Esta misma contradicción se ve en muchos ámbitos. Sin dejar de reconocer expresamente los aspectos positivos de su pontificado, en los que, por cierto, se ha hecho hincapié de sobra desde las instancias oficiales, me gustaría centrarme en las contradicciones más llamativas:

Derechos humanos

De puertas hacia fuera, Juan Pablo II ha defendido los derechos humanos, pero dentro se los niega a obispos, teólogos y, sobre todo, a las mujeres.

El Vaticano —en otro tiempo enemigo resuelto de los derechos humanos pero, hoy en día, de lo más dispuesto a intervenir en la política europea— no ha firmado aún la Declaración de Derechos Humanos del Consejo de Europa. Antes tendría que enmendar demasiados cánones del derecho eclesiástico, una ley absolutista y medieval. El concepto de la separación de poderes, la base de toda la práctica legal moderna, no existe en la Iglesia Católica. El debido proceso es una entidad desconocida. En las disputas, un mismo órgano vaticano sirve de abogado, fiscal y juez.

Consecuencia: Un episcopado servil y unas condiciones legales intolerables. El pastor, teólogo o seglar que se ve envuelto en una querrela legal con los altos tribunales eclesiásticos, no tiene prácticamente ninguna posibilidad de ganar.

El papel de las mujeres

El gran adorador de la Virgen María predica un noble concepto de feminidad y, al mismo tiempo, prohíbe a las mujeres que utilicen métodos anticonceptivos y les impide ordenarse.

Consecuencia: La discrepancia entre el conformismo externo y la autonomía de la conciencia, que hace que los obispos se inclinen hacia la postura de Roma y se distancien de las mujeres, como ocurrió con la disputa sobre el tema de la orientación en casos de aborto (en 1999, el Papa ordenó a los obispos alemanes que cerraran los centros de orientación en los que se daba a las mujeres certificados que luego podían utilizarse para abortar). A su vez, esto provoca un éxodo cada vez mayor de las mujeres que, hasta ahora, permanecían fieles a la Iglesia.

* Debido a sus críticas, el Vaticano le retiró la autorización de la Iglesia para enseñar en 1979. Extracto de un artículo publicado en *El País* el 5 de abril del 2005.



Reuters

Un amigo de la vida

Percy Calderón Concha (Instituto de Pastoral Andina, Cusco)

Para mí, hablar del papa Juan Pablo II es casi como hablar de mi propia vida, pues es un contemporáneo en lo que se refiere a su pontificado. Por eso me quisiera referir a él primeramente como a un conocido, un amigo de la vida.

No puedo negar que me afectó mucho verlo sufrir en sus últimos días, dolido en su humanidad y aplastado por toda una estructura de poder que no cabía en su débil cuerpo. Me venía a la mente la imagen de la persona de Pedro, el humilde pescador de Galilea tan humano, tan fuerte en la fe, pero también lleno de errores y miedos que lo condujeron hasta a negar a Jesús. Esa es la humanidad sobre la que Jesús quiso cimentar su Iglesia.

Para muchos, el Papa representa el sentido profundo de la Iglesia en el mundo. La concepción del papado obedece a una experiencia y manera de vivir y de entender la Iglesia: una Iglesia en y para el mundo, o una Iglesia ajena al mundo.

Con Juan Pablo II se da la imagen de una Iglesia que sí supo dar la cara a los grandes problemas de hoy. Es innegable que fue un profeta. Guardo la imagen de un Papa que es capaz de recordarle a la humanidad, con insistencia, los valores que debe vivir para ser más humana, más justa, más fraterna y solidaria.

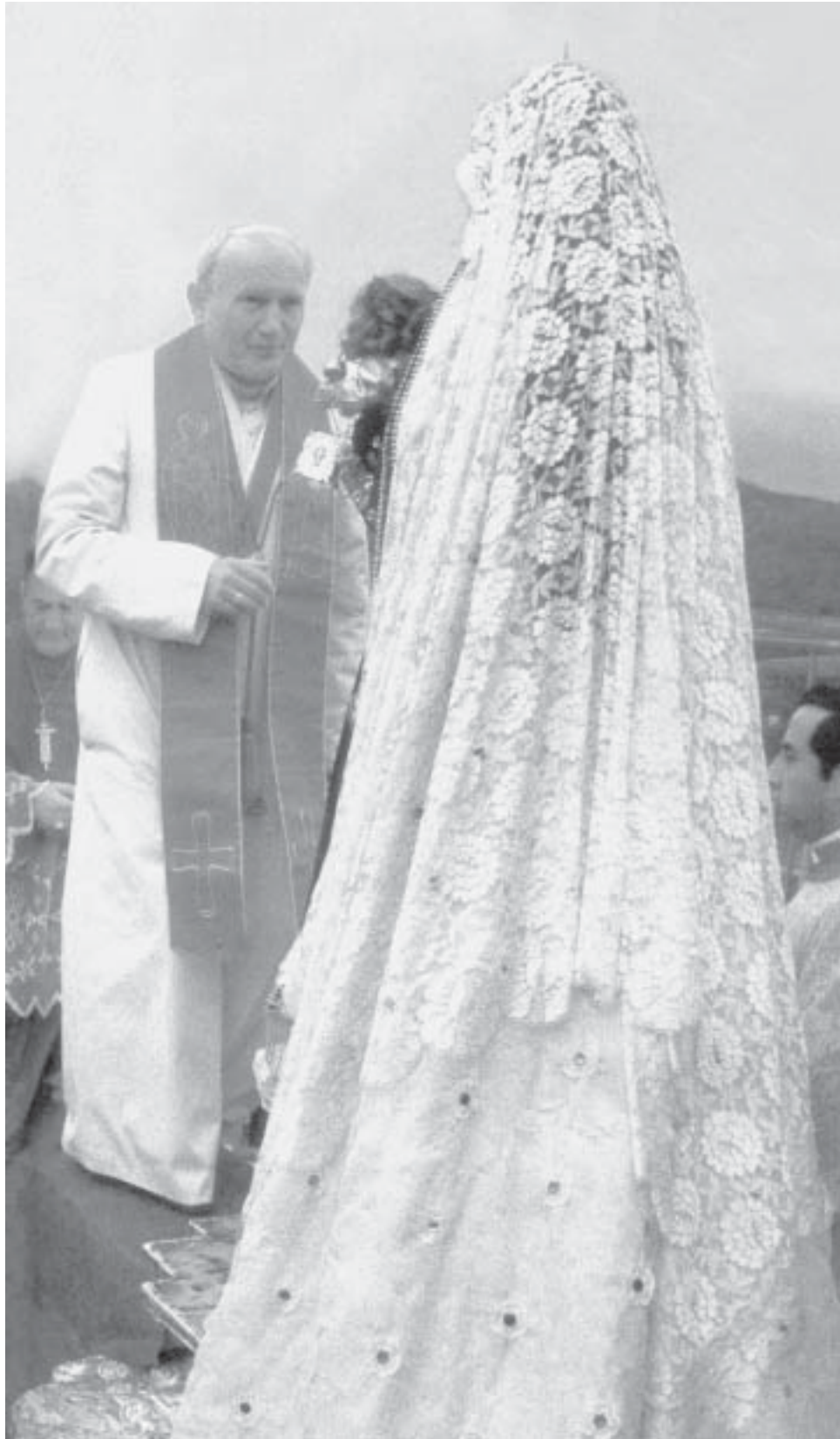
En el sur andino siempre lo recordaremos por su mensaje dirigido a todos los hermanos del campo. Cito un breve párrafo: "Esta gigantesca fortaleza de Sacsayhuaman ante la que nos encontramos, es símbolo de colaboración mutua. No pudo ser edificada sin la labor conjunta de vuestros antecesores, sin la acoplada unión de tantas piedras. Tampoco podrá construirse una patria grande sin fraternidad y ayuda mutua, sin justicia entre el poblador del campo y el habitante de la ciudad, sin equilibrio entre el crecimiento técnico e industrial, sin el cuidado esmerado por los problemas agrícolas. Es un terreno que reclama la obligada atención de las autoridades públicas, con medidas adecuadas y urgentes que incluyan, cuando sea necesario, las debidas reformas en la propiedad y su explotación. Es un problema de justicia y de humanidad" (Cusco, enero de 1985).

El Papa y las mujeres

Hildegard Willer (Periodista)

El Papa cumplió con su encargo divino: en un tiempo marcado por los extremismos del liberalismo y del fundamentalismo, mantuvo la unidad de la Iglesia Católica y clamó incansablemente por la paz. Juan Pablo II ha sido un conservador en el mejor sentido de la palabra: ha conservado el legado de la fe cristiana y reclamado tercamente la dignidad humana y la esencia solidaria de cada persona contra una antropología individualista liberal en pleno auge. Con Juan Pablo II la Iglesia Católica se hizo verdaderamente "católica", es decir, global. Dejó de ser mayormente blanca y europea y se pobló de rostros asiáticos, africanos, latinoamericanos. Juan Pablo II llegó a ser el primer líder mundial de una "globalización moral" —lo dice el historiador británico Timothy Garton Ash—, tan necesaria en un mundo globalizado económicamente, pero sin brújula ética. En esencia, sin embargo, la cruzada de globalización moral de Juan Pablo II mantuvo su línea antimoderna y romana: fueron marginados teólogos por su cercanía al liberalismo o al marxismo, y solo el tiempo dirá si esa falta de audacia para dialogar con el mundo moderno emancipado salvó a la Iglesia Católica de una dispersión y pérdida de significancia —suerte que corren algunas iglesias protestantes liberales— o fue demasiado contraproducente en el sentido de que ahuyentó irremediabilmente al hombre y a la mujer moderna y despojó a la Iglesia del espíritu crítico necesario para la transformación del mundo.

Desde la perspectiva de una mujer católica creyente, duele sobre todo que durante el papado de Juan Pablo II no haya habido ningún avance para abrir la Iglesia a las mujeres. La Iglesia Católica está construida sobre la roca que es el pontificado romano, pero nada sería sin las mujeres: lo dice la tradición bíblica y lo demuestra la vida eclesial actual. Las mujeres constituyen la mayoría de las fieles, de las que transmiten la fe, las que mantienen la vida parroquial, las que salen a visitar a los enfermos; son ellas quienes llevan grupos de oración, de jóvenes, de pastoral social. Mujeres católicas, religiosas y laicas, piensan la fe y están muchas veces más cercanas que los sacerdotes a la vida cotidiana. El número de mujeres religiosas supera por mucho el de hombres religiosos y sacerdotes. Es cierto que Juan Pablo II recalcó siempre la dignidad de la mujer en la familia y en la sociedad, pero su modelo de mujer —y, por ende, su justificación para mantener a las mujeres "en raya" dentro de su Iglesia— se basó en la teología mariana tradicional. Esa interpretación unilateral de la tradición bíblica puede ser imprescindible para mantener el celibato de los sacerdotes, pero tiene poco que ver con las mujeres católicas reales. Basta con ir a cualquier parroquia para constatar que estas se parecen mucho más a la María del Magnificat que reclama en voz



alta la justicia a los poderosos, que a la mujer pasiva y sufrida, buena y maternal pero asexualizada, que nos suele transmitir la imagen de la Virgen María.

La lógica de la composición actual del colegio cardenalicio hace pensar que el futuro Papa seguirá

con la línea conservadora de Juan Pablo II. Pero como la lógica no basta para decir quién fue Juan Pablo II, así tampoco es decisiva para la dirección de la Iglesia. Junto con los cardenales obra el Espíritu Santo —y este, por si caso, la Ruach, es femenino—.

Gracias a Dios que no fue un santo

Ramiro Escobar (Periodista)

Confieso que tras varios días de profusas noticias sobre el fallecimiento de Juan Pablo II, me siento empapado de información, abrumado por el exceso de versiones sobre su vida, sus viajes, su pensamiento. La mayoría son buenas, quizás demasiado dulces; en la otra orilla, han proliferado algunos dictámenes acusatorios contra él, no exentos de soberbia.

Yo fui a verlo y escucharlo las dos veces que vino a Lima, acaso porque en esas épocas ochenteras aún creía que ese anciano bonachón, y a la vez fuerte como un roble, era tan impoluto como su hábito blanquísimo. Los cientos de miles de personas, recuerdo, se alocaban por verlo; sentían que estar cerca de él —ni siquiera tocarlo— era, literalmente, un milagro.

Eso ha ocurrido en todo el mundo, y dudo de que se deba únicamente al poder de los medios masivos, al márketing terrenal del Vaticano. Karol Wojtyla tenía un carisma real, simpatía, cierta bondad humana que no necesitaba del título pontificio. Aceptarlo no significa embalsarse místicamente y pensar que, sin duda alguna, Su Santidad era, en efecto, un santo.

Otros hechos evidencian sus limitaciones, su falta de visión, su autoritarismo (tristemente inolvidables su reprimenda a Ernesto Cardenal y su indiferencia hacia monseñor Romero). Es que era polaco, cura y humano, gracias a Dios. No era perfecto, ni infalible. Él mismo lo reconoció en su testamento, donde se nota que tenía bastante conciencia de su pequeñez.

Eso, a mi juicio, lo humaniza, lo redime más que sus viajes o discursos.

Su papado, en todo caso, no vulneró hasta las últimas consecuencias a la Iglesia de los pobres, como se ha dicho. Le quitó obispos, sí, pero no legitimidad. En lo que sí fue un cruzado, un hombre del pasado y no del futuro, fue en el plano de la moral sexual y familiar. Pero que el Cielo lo juzgue. Yo no me atrevo a condenarlo por un condón.



Habló al mundo, pero no lo escuchó

Eduardo Borrell (Humanista)

Juan Pablo II visitó tantos lugares del mundo, reunió tantas multitudes, que no resulta aberrante la sospecha de que haya sido quien se ha comunicado con más personas en la historia humana. ¿Será? Y no solo eso: se llevó la admiración y afecto de millones de personas.

Estuve en Villa El Salvador cuando pronunció la célebre frase en referencia al "hambre de pan, hambre de Dios". He de confesar que no me agradan los espectáculos multitudinarios y no acudí a otros encuentros convocados por el Papa. He de confesar que, como católico, lamenté su visita a Nicaragua, su alocución en Ayacucho.

Tuvimos mucha alegría mientras se desarrollaba el Concilio. Pero poco ha cambiado la Iglesia Católica desde entonces. El episcopado no ha seguido, por lo general, la inspiración que rezuma el documento



Enrique Vera

conciliar que habla de esa institución. La liturgia volvió a la rutina. Trento sigue marcando el perfil de los sacerdotes. El cristiano, cuya única ley es la libertad y el amor, sigue enredado en prescripciones y normas morales. Sigue cerrando en forma incomprensible el camino a las mujeres en la animación de las comunidades. El escándalo de África, de que la especie humana sea mayoritariamente pobre, no ha provocado la reacción católica debida. Al papa Juan Pablo le corresponde una responsabilidad por estos hechos.

El Concilio quiso abrir las ventanas para que ingresara a la Iglesia y la fecundara cuanto de belleza y bondad hay en la Tierra. Si el Papa abrió la ventana fue más para hablar al mundo que para escucharlo. Y ahora, ¿cómo será?

Un hombre de fe

Vicente Santuc sj (Rector de la Universidad Ruiz de Montoya)

Descansa ya en la paz de Dios Juan Pablo II, ese Papa cuya intrepidez pastoral lo llevó a cruzar más horizontes físicos y humanos que todos sus antecesores. Con fuerza y una audacia que respaldaba su convicción de ser elegido, fue un pastor-peregrino infatigable persuadido de que el Evangelio ha venido para cambiar y vivificar la tierra entera hasta sus confines.

Parecía guiarlo la certeza de que, por la palabra de Dios y para su salvación, el mundo debía entrar en rumor. Y ¡qué rumor incesante, en los medios de comunicación, ha acompañado ese pontificado! Su fe era que la *Voluntad de Dios sea hecha*. Con esa fe y para esa fe ha requerido y obtenido el respeto universal. Fue esa fe, y no la teoría teológica, filosófica o política, la que lo apartó de toda connivencia con 'el mal' que pudiera haberle sugerido ser complaciente con alguien. Es esa misma fe la que lo ha llevado a audacias sorprendentes en lo social y lo político, pero es ella también la que lo ha mantenido en una intransigencia desconcertante sobre puntos de moral y de disciplina.

Lo voluminoso de sus escritos oficiales supera el de cada uno de sus antecesores; y, como ninguno de ellos, ha abierto ventanas sobre obras personales y momentos de su vida privada, como si nos dijese que un discurso separado de lo que hacemos, vivimos y sentimos amenaza con ser mentiroso. Una voluntad intrépida de coherencia lo ha llevado a un gobierno personalizado que dejaba ver sus opciones y preferencias en la selección de colaboradores y obispos. Con ello, dejó que se pierda de vista la perspectiva de un gobierno más colegial, heredada de Vaticano II, y su celo doctrinal congeló el espíritu de escucha evangélica de los signos de los tiempos que, según el mismo Concilio, debía animar la teología. Con gestos simbólicos en múltiples circunstancias, ha levantado la imagen de una Iglesia fuerte, pero muy de la letra de la ley y del dogma, y la reflexión teológica se ha estancado en el comentario. El sucesor de Juan Pablo II recibirá una herencia prestigiosa, pero llena de ambigüedades, y deberá abrir su camino con fidelidad con esa herencia como también con la del Concilio Vaticano II. Si no es romano, le tocará, ciertamente, llevar la cruz que hizo sufrir al Nuncio Roncalli cuando lamentaba "la distancia que existe entre una manera de ver las cosas en un sitio y las maneras de ver las mismas cosas en Roma".